

En familia

El tranvía de Neuilly acababa de pasar por la puerta Maillot y corría á lo largo de la avenida que lleva á orillas del Sena. La maquinita que arrastraba el coche pitaba para hallar vía libre, soltaba vapor, jadeaba como una persona que corre; y sus pistones producían un ruido semejante al que producirían unas piernas de hierro andando aprisa. El bochorno de una tarde de verano caía sobre el camino, del que se levantaba, á pesar de no hacer aire, una polvareda blanca, opaca, sofocante y caliente que se pegaba á la piel sudorosa, llenaba los ojos y penetraba en los pulmones.

Los vecinos estaban en las puertas, ansiando aire fresco.

Los cristales del coche estaban bajados y las cor-

tinillas flotaban á impulso de la precipitada carrera. Había pocos viajeros en el interior, pues el bochorno les empujaba al imperial y á las plataformas. Entre ellos había algunas señoras gordiflonas con vestidos chillones, y empleados que salían de la oficina, de rostro cetrino, corcovados y con los hombros desnivelados á causa de sus largas horas de labor oficinesca. En sus rostros abatidos se leía la inquietud perpetua que produce la falta de dinero, las esperanzas muertas; pues todos pertenecían á esa categoría de desdichados que vegetan en minúsculas casitas con un conato de jardín que tanto abundan en los alrededores de París.

Cerca de la puerta, un hombre bajito y rechoncho, cuya barriga tenía excesivo desarrollo, con traje negro y una condecoración en el ojal, hablaba con un tío alto y desaliñado, que llevaba un traje de dril blanco muy sucio y un panamá viejo. El primero hablaba lentamente, con unas vacilaciones que le hacían parecer tartamudo; era el señor Caraván, jefe de sección del ministerio de Marina. El otro, antiguo médico de vapor mercante, estaba establecido en Courbevoie donde aplicaba á los famélicos clientes los vagos conocimientos médicos que sobrevivieron á las aventuras de su vida. Se llamaba Chenet y se hacía dar el título de doctor. No tenía muy limpia fama.

El señor Caraván llevó siempre la vida normal de los burócratas. Desde treinta años atrás acudía á la oficina por el mismo camino, encontrando á la misma hora y en los mismos sitios las mismas caras de las gentes que iban á sus asuntos; y se volvía por igual camino, hallando las mismas caras, que viera envejecer.

Todos los días, después de comprar el periódico en la esquina del arrabal de San Honorato, iba en busca de sus dos panecillos y luego entraba en el ministerio con el aspecto de un culpable que se constituye preso, y ocupaba su sitio vivamente, con el corazón inquieto, temiendo siempre una reprimenda por las faltas que pudiera haber cometido.

Nada alteró jamás la monotonía de su existencia, pues nada le interesaba á no ser las cosas de la oficina, los ascensos y aguinaldos. Ya estuviera en el ministerio ya en su casa (se había casado con la hija de un colega pobre), sólo hablaba del servicio. Jamás su inteligencia atrofiada por el trabajo embrutecedor de la oficina, tenía otros pensamientos, otras esperanzas ni otros ensueños que los relativos á su ministerio.

Un perpetuo torcedor amargaba sus satisfacciones de empleado: el nombramiento de los comisarios de marina—de los hojalateros, como les llamaban por sus galones de plata—para los puestos de jefe y sub-

jefe. Cada noche, á la hora de la comida, argumentaba ante su mujer, que compartía sus odios, para demostrar que es inicuo dar empleos en París á los que tienen la obligación de navegar.

Era ya viejo, sin haber sentido pasar la vida, pues del colegio fué á la oficina, y así como antes temía á los ayudantes, ahora le inspiraban los jefes miedo cervical. El despecho de aquellos déspotas le hacía estremecer. Y aquel miedo continuo hacía que se presentase torpemente y que tartamudeara al hablar.

Conocía París poco más ó menos como un ciego que cada día va guiado por su perro á un mismo sitio; y si leía en su periódico callejero los sucesos y escándalos, se le antojaban pura invención para solaz y regocijo de los empleados. Hombre de orden, reaccionario sin partido político, pero enemigo de las *novedades*, no leía los hechos políticos que el periódico desfiguraba á su gusto en pro de una causa determinada; y cuando por las noches recorría la avenida de los Campos Elíseos, miraba la muchedumbre agitada y la ola de carruajes, como un viajero mira las comarcas lejanas que atraviesa.

Como aquel año cumplía treinta de servicio, en 1.º de Enero le habían hecho entrega de la cruz de la Legión de honor que recompensa en esas oficinas militarizadas la larga y miserable servidumbre (se dice: *leales servicios*) de esos forzados amarrados á la

carpeta. Aquella dignidad inesperada, dándole idea más alta de su capacidad, cambió por completo sus costumbres. Suprimió desde entonces los pantalones de color, las americanas claras y se dedicó á los trajes negros, que hacían resaltar *su condecoración*. Se afeitaba á diario, se limpiaba con esmero las uñas, se mudaba la camisa cada dos días por un legítimo sentimiento de orgullo y respeto por la *Orden* nacional de que formaba parte, y se había convertido en un Caraván presumidillo, majestuoso y condescendiente.

En su casa hablaba á tontas y locas de "su cruz". No podía sufrir que los otros llevaran condecoraciones distintas. Las órdenes extranjeras, especialmente, le indignaban. "No debieran dejarlas llevar en Francia,"; y no podía tragar al doctor Chenet, que encontraba cada noche en el tranvía, ostentando una condecoración con distintivo blanco, azul, naranja ó verde, según las ocasiones. La conversación de ambos hombres desde el Arco del Triunfo á Neuilly era siempre la misma, y aquella tarde, como las precedentes, hablaban de distintos abusos municipales que les sorprendían, acusando con dureza al alcalde de Neuilly. Luego, como suele ocurrir en compañía de un médico, Caraván habló de las enfermedades, esperando que podría recoger indicaciones útiles y gratuitas sin que el otro lo advirtiera. Hacía

tiempo que el estado de su madre le alarmaba. Padecía frecuentes y largos desmayos y aun cuando contaba ya noventa años, no quería cuidarse.

Su avanzada edad enternecía al burócrata, que decía á menudo al *doctor* Chenet: "¿Verdad que hay pocas que alcancen su edad?". Y se restregaba de gusto las manos, no tanto quizá porque le gustara ver que la vieja se eternizaba en la tierra, como porque la duración de la vida maternal era algo así como una promesa para él.

—Sí—decía;—los de mi familia envejecemos mucho; estoy seguro que, á menos de una desgracia, viviré muchos años.

Su compañero le miró con lástima; se fijó en su cara congestionada, su cuello corto, su barriga colgante, toda su grasa apoplética de empleado veterano y refunfuñó mientras con la mano arreglaba su panamá nada limpio.

—No es tan seguro como usted cree, amigo; su señora madre está amojamada, pero usted come demasiado.

Caraván, turbado, calló.

El tranvía llegaba al punto de parada. Bajaron los dos compañeros y Chenet pagó el vermouth en el café del Globo, del que eran asiduos concurrentes. El dueño les alargó la mano por encima de las botellas y fueron luego á reunirse con tres amigos suyos

que jugaban al dominó desde mediodía. Se cambiaron las frases de cajón; los jugadores continuaron el partido, después les alargaron la mano sin levantar la vista de las fichas, y los dos amigos se fueron á comer.

Caraván vivía junto á la encrucijada de Courbevoie, en una casita de dos pisos cuyos bajos ocupaba un barbero.

Dos cuartos, un comedor y una cocina constituían la habitación que la señora Caraván limpiaba desde la mañana á la noche, mientras que su hija María Luisa, de doce años, y su hijo Felipe Augusto, de nueve, corrían por la avenida en compañía de todos los arrapiezos del barrio.

El señor Caraván había instalado á su madre en el piso superior. La buena señora era célebre por su avaricia y por su flacura exagerada, que inspiraba á sus vecinos la idea de que Dios había aplicado las teorías de la vieja á su propia persona. Estaba siempre de malhumor y no pasaba día sin armar un cisco tremendo. Desde la ventana apostrofaba á los vecinos, á los vendedores de frutas, á los barrenderos y á los muchachos que, para vengarse, la seguían de lejos cuando salía á la calle gritando:

—¡A esa, á esa!

Una criadita normanda que parecía la encarnación del aturdimiento, cuidaba de la casa y dormía

por las noches en la habitación de la abuela. Cuando Caraván entró en su casa, su mujer, atacada de una enfermedad crónica de limpieza, frotaba con una rodilla los respaldos y barrotes de las sillas que andaban desperdigadas por las habitaciones sin muebles. Llevaba siempre guantes de hilo, cubría la cabeza con una gorra adornada de cintas multicolores que llevaba de continuo ladeada, y repetía cuando la sorprendían cepillando, fregando ó limpiando:

—No soy rica y tengo un mueblaje modesto, pero me gusta tenerlo todo muy limpio; éste es mi único lujo.

Dotada de gran sentido práctico, servía de guía á su marido. Cada tarde en la mesa y luego en la cama, trataban con detención de lo que ocurría en la oficina, y aun cuando tuviera veinte años menos que él, confiaba en ella como en un director espiritual y seguía sus consejos.

No había sido nunca linda; y ahora era ya fea, bajita y flacucha. Su desaliño en el vestir hizo que jamás resaltaran las pocas gracias femeninas de que estaba dotado su cuerpo y que quizá un cuidado mayor pusiera de manifiesto. Llevaba la falda torcida y se rascaba á menudo en cualquier parte sin importarle un bledo que lo vieran, por un impulso que no podía dominar. El único adorno que se permitía

era una profusión exagerada de cintajos en las cofias que usaba en casa.

Tan pronto como vió á su marido le dió un beso y preguntó:

—¿Has pensado en lo de Potin, amigo mío?

Se trataba de un encargo que le prometiera hacer. Cayó aterrado en una silla. Era la cuarta vez que lo olvidaba.

—Es una fatalidad—decía;—no puedo acordarme nunca.

Y como parecía desconsolado, su esposa le dijo:

—¡Bah! Mañana te acordarás. ¿Qué hay de nuevo en el ministerio?

—Una gran noticia; han nombrado sub-jefe á otro hojalatero.

Se puso seria.

—¿De qué negociado?

—En el de compras en el extranjero.

Se indignó:

—¿Ocupa, pues, la plaza de Ramón, la que yo quería para ti? ¿Y qué han hecho de Ramón? ¿Le han dado el retiro?

—Sí, el retiro—balbució Caraván.

Su mujer se enfureció, acabó de torcer la cofia y exclamó:

—De esa maldita jaula no se puede esperar nada de provecho. ¿Cómo se llama tu comisario?

—Bonassot.

Cogió el anuario de Marina que tenía siempre al alcance de la mano y buscó: "Bonassot.—Tolón.—Nacido en 1851.—Aspirante en 1871.—Sub-comisario en 1875."

—¿Ha navegado ese?

Al oír aquella pregunta Caraván se tranquilizó. Se echó á reír y contestó:

—Como Balín; como Balín su jefe.

Y añadió, riendo á más y mejor, una broma que gustaba á todos los empleados:

—Si les envían en barca á visitar la estación naval de Point-du-Jour, se marean.

Pero maldita la gracia que le hizo á su mujer. Permaneció seria como si no le hubiera oído, y dijo luego rascándose la barba:

—¡Si siquiera tuviéramos un diputádo amigo! El día que la Cámara sepa lo que pasa en tu oficina salta todo el ministerio...

De pronto se oyeron gritos en la escalera. Eran María Luisa y Felipe Augusto que volvían de la calle y que á cada escalón se daban una cachetina. Su madre se lanzó hacia ellos, y cogiendo á cada uno por un brazo les echó en la habitación, zarandeándoles con vigor.

Tan pronto como vieron á su padre corrieron hacia él, que les abrazó tiernamente; luego, sentándo-

se, les puso sobre sus rodillas y charló con ellos. Felipe Augusto era un arrapiezo sucio, desarra-
pado, con cara de idiota. María Luisa se parecía á su madre, hablaba como ella, repetía sus palabras y hasta imitaba sus ademanes. También preguntó:

—¿Qué hay de nuevo en el ministerio?

Caraván contestó alegremente:

—Tu amigo Ramón, que viene á comer aquí todos los meses, nos deja, chiquilla. Han nombrado un nuevo subjefe.

Luisa levantó la vista y mirándole con commiseración de niña precoz, dijo:

—Otro que te pasa delante.

Caraván cesó de reír y no contestó; luego, dirigiéndose á su mujer, preguntó para cambiar de tema:

—¿Cómo está mi madre?

La señora Caraván dejó de frotar; se volvió, arreglóse la cofia y dijo temblándole el labio inferior:

—¡Ah, sí! Hablemos de tu madre. ¡Buena me la ha hecho! Imagínate que hace poco la señora Lebaudín la mujer del peluquero, subió á pedirme un paquete de almidón y como yo había salido, tu madre la ha puesto á la puerta, tratándola de "mendiga". Ya la he dicho lo que hacía al caso. Ha fingido no oirme como hace siempre que le cantan las verdades, á pesar de que oye tan bien como tú y como yo. Todo

ello es fingimiento, y lo prueba que se ha subido á su habitación sin decir palabra.

Caraván, confuso, callaba cuando la criadita anunció la comida. Entonces, á fin de avisar á su madre, tomó una caña de escoba que estaba siempre oculta en un rincón y dió tres golpes en el techo. Luego pasaron al comedor y la señora sirvió la sopa, esperando á la vieja. Esta no comparecía y la sopa se enfriaba. Entonces comieron despacito, y cuando los platos estuvieron vacíos, la señora Caraván dijo con ira:

— Esto lo hace para fastidiarnos. Tú tienes la culpa porque siempre la apoyas.

Entonces, perplejo, temiendo á una y á otra, envió á Luisa en busca de la abuela y quedó inmóvil, con la vista baja, mientras su mujer golpeaba rabiosamente el pie de la copa con el cuchillo.

De pronto se abrió la puerta y apareció la niña sola, sofocada y pálida. Dijo atropelladamente:

— La abuela está tendida en el suelo.

Caraván se levantó de un salto y tirando la servilleta sobre la mesa se lanzó hacia la escalera, donde pronto resonó su paso pesado, en tanto que su mujer subía más despacio, creyendo que la vieja trataba de jugarles una broma pesada.

Yacía la anciana en el suelo, de bruces, y cuando su hijo la hubo puesto de espaldas, apareció con los

ojos cerrados, pálida, demacrado el rostro, apergaminado el cuerpo, sin dar señal de vida.

Caraván, de rodillas junto á ella, gemía:

— ¡Pobre madre! ¡Pobre madre!

Su esposa, después de mirarla un instante, exclamó:

— ¡Bah! Es un desmayo de los de siempre; de fijo que lo ha hecho para no dejarnos dormir.

Pusiéronla en la cama después de desnudarla y todos, incluso la criada, empezaron á friccionarla. Á pesar de sus esfuerzos, no volvió en sí. Entonces enviaron á Rosalía á buscar al *doctor* Chenet. Vivía en el muelle hacia Suresnes. Tardó en venir. Llegó, por fin, y después de examinar y palpar y auscultar á la vieja, declaró:

— Se acabó.

Caraván se abrazó llorando al cadáver y besaba convulsivamente el rostro de su madre, derramando tan abundantes lágrimas, que mojaba con ellas la cara de la muerta.

La señora Caraván demostró su pesar de un modo adecuado á las circunstancias, y de pie detrás de su marido lanzaba débiles gemidos y se frotaba obstinadamente los ojos.

Caraván, con la cara abotargada, desordenado el pelo, muy feo el pobre desde que se entregara á

su dolor verdadero, se levantó de pronto y preguntó:

—Diga usted, doctor, ¿no pudiera haberse equivocado usted?

Chenet se aproximó á la cama, y moviendo el cadáver con profesional destreza, como si fuera un comerciante alabando su mercancía, dijo:

—Mírele usted estos ojos, amigo mío.

Levantó el párpado y apareció la mirada de la vieja, no más apagada que de costumbre. Caraván sintió como una puñalada en el corazón y se estremeció de miedo. Chenet tomó el brazo crispado, abrió á la fuerza las manos, y con expresión enfurecida, como si le molestara que le contradijesen, exclamó:

—Mire usted esta mano; no me engaño jamás.

Caraván volvió á caer de bruces en la cama en tanto que su esposa acudía á lo necesario, sin cesar de lloriquear. Puso una servilleta sobre la mesa de noche, y sobre ella cuatro velas encendidas. Tomó una ramita de boj que había detrás del espejo de la chimenea y lo puso entre las velas, en un plato que llenó de agua clara por no tenerla bendita. Pero después de reflexionar un instante echó un puñadito de sal en el líquido, imaginando que aquello era una especie de consagración.

Después de terminar sus preparativos quedó in-

móvil, hasta que Chenet, que la ayudara en su tarea, le dijo:

—Hay que sacar de aquí á Caraván.—Hizo una señal de asentimiento, y acercándose á su marido que sollozaba arrodillado, le cogió por un brazo y el doctor por otro.

Le sentaron en una silla y su esposa, besándole la frente, le hizo algunas reflexiones. El médico las apoyaba aconsejando la resignación, el valor, la firmeza, cuanto no es posible tener en tales casos. Luego ambos le volvieron á coger por el brazo y se lo llevaron.

Lloraba como un muchacho, sollozando, con los brazos caídos, flaqueándole las piernas, y bajó la escalera sin saber lo que se hacía, moviendo maquinalmente los pies.

Le dejaron en el sillón que ocupaba siempre durante las comidas, poniéndole delante del plato en el que quedaba un resto de sopa. Permaneció allí quieto, mirando la copa, sin pensar.

La señora Caraván hablaba con el doctor en un rincón, preguntando lo que había que hacer en tales casos. Por fin el señor Chenet, que parecía esperar algo, tomó el sombrero declarando que no había comido y que se iba. La dueña de la casa dijo entonces:

—¿Cómo? ¿No ha comido usted? Quédesse usted,

doctor; quédese. Comerá lo que haya, aun cuando no haya mucho.

Rehusó excusándose; pero ella insistió.

—Sí, le ruego que se quede. En casos así es muy grata la presencia de un amigo. Nos hará usted un gran favor y quizá decida usted á mi marido á comer un bocado.

El doctor se inclinó y dejando el sombrero, dijo:

—En tal caso acepto, señora.

Dió ésta órdenes á Rosalía y se sentó á la mesa para "acompañar al doctor."

Tomaron cocido del que Chenet se sirvió dos veces. Luego sacaron un embutido de Lyon que apesataba á cebolla. La señora se decidió á probarlo.

—Es excelente—dijo el doctor.

—¿Verdad que sí?—replicó la señora sonriendo.

Luego, volviéndose hacia su marido:

—Toma un trocito, Alfredo; algo has de comer, hijo mío; piensa que perderás la noche.

Alargó dócilmente el plato como se hubiera metido en cama si se lo aconsejaban; incapaz de saber lo que hacía. Comió.

El doctor, sirviéndose á sí mismo, repitió por dos veces, y la señora Caraván, de cuando en cuando tomaba un gran bocado con el tenedor, comiéndose-lo como distraidamente.

Al aparecer una fuente de macarrones á la italiana, el doctor exclamó:

—Buena cara tienen.

La señora sirvió á todos, incluso á los niños que aprovechaban la libertad en que se les dejaba para beber vino puro y para darse de puntapiés por debajo de la mesa.

El señor Chenet recordó la afición que por los macaroni sentía Rosini, y dijo:

—Hasta podría empezarse una piececita en verso, de este modo:

Al maestro Rosini
Gustan los macaroni...

No le escuchaban. La señora Caraván pensaba en las consecuencias probables de aquel fallecimiento, mientras su esposo hacía bolitas de pan que dejaba en los manteles y miraba como atontado. Sentía una sed ardiente y bebía vaso tras vaso de vino, y su razón ya trastornada por aquel choque imprevisto, parecía escapársele, aumentando el malestar producido por la digestión penosa.

El doctor bebía como un embudo, se embriagaba. Hasta la señora Caraván que no bebía más que agua, sufría los efectos de la reacción que sigue á

La criada de la granja—11

toda conmoción nerviosa y sentía turbada la cabeza.

El señor Chenet contaba historias de muertes que le parecían graciosas, pues en los arrabales parisienses, rebosantes de gente de provincias, domina la indiferencia que sienten los aldeanos por los difuntos, aunque se trate de los de la familia, aquella falta de respeto, aquella ferocidad inconsciente tan comunes en el campo y tan raros en París. Decía:

—Vean, la semana pasada me llaman en Puteaux, acudo. Hallo al paciente ya muerto, en tanto que su familia, reunida junto á la cama, se acababa una botella de anís que compraran la víspera para satisfacer un capricho del difunto.

Pero la señora no le oía, absorta como estaba pensando en la herencia, y Caraván, con el cerebro trastornado, era incapaz de comprender nada.

Sirvieron el café, que hicieron muy fuerte, para darse ánimo. La bebida aromática, que mezclaron con cognac, acabó de embrollar las ideas de aquellas inteligencias vacilantes.

Luego el *doctor*, apoderándose de una botella de anís, sirvió un traguito á todos. Y permanecieron buen rato sin hablar, sumidos en esa especie de modorra agradable que produce el alcohol tomado después de comer, sorbiendo poco á poco el café y los licores.

Los niños se habían dormido y Rosalía cuidó de acostarles.

Entonces Caraván, movido por esa necesidad que de aturdirse sienten todos los desgraciados, tomó más aguardiente y se le encandilaron los ojos.

El *doctor* se levantó al fin para marcharse, y dijo, cogiendo por el brazo á su amigo:

—Ea, véngase conmigo; le aprovechará un paseito; cuando uno tiene penas lo mejor es el movimiento.

Obedeció Caraván, tomó el sombrero, cogió el bastón y salió. Y ambos, cogidos del brazo, fueron hacia el Sena á la luz de las estrellas.

El aire de la noche era puro y embalsamado, pues todos los jardines de los alrededores estaban floridos á la sazón, y los perfumes, como dormidos de día, parecían despertar por la noche y se exhalaban flotando en alas de la brisa.

La ancha avenida aparecía desierta y silenciosa, luciendo sus dos filas de faroles que llegaban hasta el Arco de Triunfo. Hacia allí se oía el rumor de París, al que de cuando en cuando parecía contestar desde la llanura el silbato de algún tren que venía á toda máquina ó, atravesando la provincia, huía hacia el Océano.

El aire fresco sorprendió primero á los dos hombres, trastornando el equilibrio del doctor y acen-

tuando los vértigos que desde que comiera sentía Caraván. Parecía andar en sueños, con la inteligencia embotada, sin dolor agudo, dominado por una especie de atonía moral que le privaba de padecer, experimentando cierto alivio que aumentaban los aromas que flotaban en el aire.

Al llegar al puente tomaron hacia la derecha y sintieron en el rostro la frescura del río. Corría éste melancólico y sosegado á lo largo de una cortina de altos álamos; y las estrellas parecían nadar en el agua, movidas por la corriente. Una bruma poco densa y blanquecina que se cernía sobre la otra orilla, llevaba á los pulmones emanaciones húmedas: Caraván se detuvo de pronto al sentir aquel olor de río que despertaba en su corazón recuerdos muy lejanos.

De pronto se le apareció su madre tal como era en la infancia de él, arrodillada junto á la puerta, lavando con gran prisa en el arroyuelo que pasaba por el jardín de su casita de Picardie. Oía el golpeo de la pala que resonaba en el silencio de la campiña y la voz de su madre, que decía:

—Alfredo, tráeme jabón.

Y sentía aquel mismo olor de agua corriente, aquella misma bruma que brotaba de la tierra empapada de agua, aquel vaho de pantano cuyo sabor no había olvidado jamás, y que ahora, que acaba-

ba de morir su madre, se le representaba con más fuerza.

Se detuvo, acometido de un nuevo arranque de dolor. Fué como una llamarada que alumbrara de pronto toda la extensión de su pena; y el encuentro de aquel soplo errante le sumió en desesperación abrumadora. Sintió su corazón desgarrado por aquella separación eterna. Su vida quedaba cortada en dos mitades, y su juventud entera desaparecía tragada por aquella muerte. Todo lo pasado acabó; se disipaban todos sus recuerdos de adolescente; nadie podría ya hablarle de las cosas antiguas, de las gentes que conociera en otro tiempo, de su tierra, de sí mismo, de la intimidad de su vida pasada. Una parte de su existencia había muerto; la otra debía á su vez extinguirse.

Comenzó el desfile de evocaciones. Veía á su "mamá," más joven, con un vestido raído por el largo uso, vestido que parecía formar parte de su persona según los años que lo llevaba. Recordaba mil nimios detalles; sus ademanes, sus gestos, la expresión de sus ojos, las entonaciones de su voz, sus costumbres, sus manías, sus arrebatos, las arrugas de su cara, los movimientos de sus dedos afilados, las actitudes que le eran familiares y que ya no tomaría más.

Agarrándose al brazo del doctor lanzó dolorosos

gemidos. Temblábanle las piernas; su corpachón entero se estremecía á impulsos de sus sollozos, y exclamaba:

—¡Madre mía! ¡Pobre madre! ¡Pobre madre!...

Pero su compañero, embriagado aún y que pensaba terminar la velada en los lugares que visitaba en secreto, impaciente por aquella crisis de pena, le hizo sentar en la hierba y le abandonó casi en seguida á pretexto de ir á visitar á un enfermo.

Caraván lloró mucho rato; luego, cuando ya no tuvo más lágrimas, cuando todo su dolor hubo pasado, si así puede decirse, experimentó como un alivio, cierta tranquilidad, un súbito reposo.

La luna había aparecido y bañaba el horizonte con su claridad plácida. Los altos álamos se erguían con reflejos plateados, y en la llanura la niebla parecía niebla flotante. El río, que no reflejaba ya las estrellas, semejaba ancha cinta de nácar que corriera, salpicada de puntitos brillantes. El aire era templado y perfumada la brisa. El sueño de la tierra era sosegado y Caraván aspiraba aquella dulzura de la noche. Respiraba con fuerza, creyendo que penetraba su sér una frescura agradable, un sobrehumano consuelo.

Trataba de resistir á aquel bienestar y repetía:

—¡Madre! ¡Pobre madre!

Y procuraba llorar creyendo que su conciencia

así se lo pedía, pero no podía ya, y no sentía ni la más ligera tristeza pensando en las cosas que momentos antes le arrancaban lágrimas.

Entonces se levantó y despacito fué hacia su casa, penetrado de la indiferencia de la naturaleza serena y aplacado su dolor.

Cuando llegó al puente vió el farol del último tranvía que estaba á punto de marchar, y las ventanas iluminadas del café del Globo.

Sintió como una necesidad de contar á alguien la catástrofe que le afligía, de excitar la conmiseración, de hacerse el interesante. Adoptó una expresión de desconuelo, abrió la puerta y se dirigió hacia el mostrador donde el dueño se exhibía. Creía que produciría gran efecto; que todos se levantarían para estrecharle la mano y preguntarle qué le pasaba; pero nadie notó la tristeza de su semblante. Entonces se puso de codos en el mostrador y apretándose las sienas murmuró: ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El dueño le miró:

—¿Está usted malo, señor Caraván?

—No, amigo mío; acaba de fallecer mi madre.

Su interlocutor soltó un "¡ah!", distraído, y al oír que un concurrente pedía un bock, contestó inmediatamente con voz estentórea:

—¡Allá vamos! ¡Bum!—dejando estupefacto á Caraván.